

Campaña Libertadora Batalla de Boyacá

*Mayor General de la Reserva Activa José Roberto Ibáñez Sánchez
Miembro de número de la Academia Colombiana de Historia*



Oficial de la Reserva Activa del Ejército Nacional. Ha desempeñado cargos importantes como: Secretario General del Ministerio de Defensa Nacional, Jefe de la Delegación Militar de Colombia en los Estados Unidos, Director de la Biblioteca Central de las Fuerzas Militares "Tomas Rueda Vargas" y Delegado ante la Junta Interamericana de Defensa. Actualmente es miembro del Consejo Editorial de la Revista Fuerzas Armadas.

Mayor General de la
Reserva Activa

José Roberto Ibáñez
Sánchez

El 3 de agosto en la madrugada, el Libertador ordenó ocupar Paipa, pero el ejército realista, a pesar de la protección que le brindaban las edificaciones urbanas, prefirió abandonarlas y retroceder a las alturas de Loma Bonita, al suroccidente del poblado. Y después de indagar con los prácticos de la región las diversas rutas que conducían a Tunja, Bolívar realizó la magnífica maniobra de simular la presencia del ejército dentro y fuera del poblado, mientras en la noche del 4 al 5 de agosto emprendía la marcha en estricto sigilo, *so pena de muerte para quien prendiera una lumbre*, y ocupaba la ciudad a la mañana siguiente y lograba cortar las comunicaciones al realista con la capital del virreinato, así como apoderarse de 600 fusiles y de la guarnición española, del parque y de municiones.

Fue extraordinario el entusiasmo que demostraron la ciudad de Tunja y los alrededores de esta para con el Ejército Libertador. La población local, como las demás, aportó víveres, caballos, ganado, herramientas y toda suerte de recursos humanos y materiales. Las damas de la ciudad se dedicaron a cocer, en solo dos días, 2000 uniformes para la tropa; además, bordaron casacas para los oficiales y hasta les quedó tiempo para agasajarlos en la tarde del 6 de agosto con un baile, el cual disfrutaron Bolívar y los demás jefes patriotas. Al mismo tiempo, muchos hombres, sin distinción de clase social o económica, entraron a formar parte del ejército. Tamaño fervor hizo que el Libertador otorgara a la ciudad el flamante título de *Taller de la Libertad*.

En el bando realista, cuando en la mañana del 5 de agosto su jefe se dio cuenta de la maniobra patriota, no pensó en otra cosa que en recuperar sus líneas de comunicaciones. Ese mismo día marchó a la población de Motavita, pequeño rancharío ubicado al norte de Tunja, a donde llegó en horas de la tarde, aun cuando, como contrapartida de su infortunio, por el camino recibió varios refuerzos: los del coronel Loño, provenientes de Tunja, y que constaban de cuatro compañías del III de Numancia; 3 piezas de artillería (2 del I del Rey, y una, del Batallón Tambo, precedente del Socorro), y cerca de 500 hombres. La división llegó al pequeño y desolado pueblo de Motavita en la mañana del 6, para cuando ya había sido abandonado por sus moradores.

Mientras tanto, Bolívar se dedicaba en Tunja a reparar las fatigas de sus tropas, a atender el gobierno de la ciudad e informarse sobre el enemigo. Con tal fin hizo correr el rumor de que sus fuerzas permanecerían en Tunja dos semanas, a la espera de la caballería del coronel Juan Nepomuceno Moreno, mientras un espía en Motavita indagaba las intenciones de Barreiro. Y al anochecer del 6, dispuso el alistamiento del ejército para el movimiento en las primeras horas del día siguiente.

El 7 de agosto, mientras las tropas eran alistadas en la plaza mayor, el Libertador, con su Estado Mayor, subió a caballo a la ermita del cerro de San Lázaro, distante quince minutos de la ciudad, y desde donde se domina todo el camino desde Motavita hasta la llanura de Sora y Samacá. Al observar al ejército realista desfilando por dicho camino, esperó hasta que la vanguardia alcanzó la bifurcación con el camino a Chiquinquirá, y cuando se cercioró de que la ruta seguida no tenía otra dirección sino la del Puente de Boyacá, donde converge el camino de Tunja, dio la orden a su ayudante para que los generales Santander y Anzoátegui iniciaran la marcha, con la certeza de la batalla que definiría la suerte de la campaña.

De tal suerte, los dos ejércitos se movieron de forma casi paralela hacia el campo de batalla, con efectivos humanos más o menos equilibrados en lo numérico, pero diferenciados en lo psicológico. El patriota marchaba reconfortado físicamente, mejor abastecido, bien municionado, con elevada moral y pleno conocimiento de la situación y deseo de encontrar al enemigo y enfrentarse con él para derrotarlo. El realista, en cambio, avanzaba sin mayores arrestos para el combate, pues no esperaba encontrar a su enemigo, ni, menos, enfrentarlo: pensaba en Santa Fe, para reforzarse allí con las tropas de la capital y batirse en mejores condiciones. Pero, quizás, lo que más preocupaba a Barreiro era la desconfianza reinante en sus tropas, compuestas, en buena parte, por venezolanos y algunos neogranadinos obligados a servir en sus filas.

El ejército libertador inició su marcha desde Tunja en las horas de la mañana, con una fracción de caballería de 40 hombres como descubierta, bajo las órdenes del capitán Andrés Ibarra, y a la

cual seguían los batallones Cazadores y Primero de Línea, y, cerrando el desfile de la vanguardia, el Escuadrón de Guías de Casanare. Un poco más atrás marchaban el grueso y la retaguardia de la fuerza, en el orden de batallones: Rifles, Legión Británica, Barcelona y Bravos de Páez; luego, los tres escuadrones de Caballería del Llano Arriba, y cerrando la formación, la columna de 800 hombres integrada por las milicias del Socorro y de Tunja.

El ejército español, por su parte, marchaba en las cuatro secciones organizadas dos días antes, durante el sitio de la Venta del Mico. A las dos de la tarde alcanzó la parte alta del camino, mientras la vanguardia se adelantaba hasta la casa de postas, para ocupar la altura que domina el puente de Boyacá, garantizar su cruce normal y proteger el camino que viene de Tunja.

El escenario geográfico del área de la batalla por el Puente de Boyacá era por entonces un tanto distinto en su cubierta, su topografía y su ambiente de lo que es hoy, ya transformado por las obras monumentales y de la carretera. Está conformado al norte del río Teatinos por un valle ondulado y en declive, que desciende desde las alturas del Tobal hasta el río, que corre de occidente a oriente. Al sur está delimitado por un terreno ondulado y en ascenso cada vez más escabroso, como en busca del nudo Gachaneca, que limita el terreno por el occidente, y cuyas alturas lo separan del pueblo de Ventaquemada, al sur. Los caminos que venían de Tunja y de Sama-

cá, por el cual marchaban el ejército libertador y el realista, respectivamente, confluían en la Casa de Teja, o de Postas, situada en la parte alta, donde termina el brusco descenso del cerro. La vegetación estaba constituida por algunos cultivos en el valle y por bosques de mayor densidad en las cañadas y las alturas que circundan el campo. Pero la topografía y la cubierta permitían maniobrar a la infantería, y un poco menos, a la caballería; sobre todo, en el terreno más alto y en las cañadas.

Alrededor de las dos de la tarde, el ejército español alcanzó la parte alta del camino y su vanguardia llegó a la Casa de Postas, donde su comandante dispuso el rancho. Oscurecía el campo una densa neblina, razón por la cual se aproximó, de manera súbita, la descubierta de la caballería patriota. Jiménez creyó que se trataba de observadores que venían a estorbarles el almuerzo; envió, entonces, una compañía de cazadores por el camino que conduce a Tunja, para tomar las alturas. Cuál sería su sorpresa cuando, al poco tiempo, apareció sobre él la vanguardia patriota, y detrás de ella, todo el ejército libertador, desplegado en columnas y en actitud ofensiva. El Batallón Cazadores había barrido del camino a las compañías de cazadores realistas.

En la retaguardia realista, al escucharse los primeros disparos de la vanguardia, el coronel Barreiro aceleró el movimiento y envió al Batallón I del Rey sobre la Casa de Postas, con el fin de darle tiempo a toda la división de pasar el puente y tomar el camino a Ventaquemada. Pero como los alrededores de la Casa de Postas fueron ocupados por el Batallón Cazadores, y luego por el Rifles y la Legión Británica, el jefe realista ordenó que el Batallón I del Rey sostuviese el paso de la vanguardia sobre el puente, mientras el II de Numancia, la reserva y la artillería tomaban posiciones.

Pero Jiménez fue desalojado de su posición aun cuando pudo pasar el puente con la compañía de Flanqueadores de Dragones y el Tambo y organizarse defensivamente sobre los escarpados de la ribera sur del río Teatinos, presionado por el Batallón Cazadores de Vanguardia, a cuya espalda llegó el Batallón I de línea de la Nueva Granada.

Fue extraordinario el entusiasmo que demostraron la ciudad de Tunja y los alrededores de esta para con el Ejército Libertador. La población local, como las demás, aportó víveres, caballos, ganado, herramientas y toda suerte de recursos humanos y materiales.

De esta forma, desde el comienzo de la acción, quedó partida la columna española por la hondonada del río, y dispuestas también, dos zonas de combate: la de las dos vanguardias a uno y otro lado del río, pugnando por el control del puente, y la del grueso, las dos retaguardias y sus reservas, al norte, sobre el valle inclinado. Quedó formada la línea realista en su flanco derecho por la II Compañía del Numancia, y sobre el camino al puente, el resto de este batallón, en columna cerrada; luego, las piezas de artillería, y seguían la reserva, compuesta por el Batallón III de Numancia, y a la izquierda, el Batallón I del Rey, en la misma formación. Los frentes de todas estas columnas y flancos estaban sostenidos por guerrillas. La caballería se hallaba situada a retaguardia.

Por su parte, la línea del frente patriota impidió del todo el contacto realista con su vanguardia formando una especie de arco, sostenido en la derecha enemiga con los batallones Rifles y Legión Británica; por el centro, con el Barcelona y el Bravos de Páez, y en la izquierda, por los dos batallones de vanguardia y el Escuadrón de Guías. La caballería de retaguardia estaba sobre el camino, junto con las milicias de Tunja y del Socorro.

Con tales dispositivos, el bando realista sostuvo el combate algún tiempo en todos los puntos de la línea; los batallones I del Rey y II de Numancia, formados en columna, mantuvieron el fuego, y este último intentó romper el frente patriota con una carga, apoyado por un cañón que apenas si alcanzó a hacer tres disparos y se rompió, sin que fuera posible aparejar los otros dos en posición de fuego.

Dos de los escuadrones de la caballería llanera bajaron a cubierto del monte y cargaron sobre la infantería realista, que intentó defenderse con la bayoneta calada, pero, desorganizados por el ímpetu del ataque enemigo, empezó a ceder terreno. El otro escuadrón de caballería llanera de retaguardia cargó sobre la III y V compañías del Escuadrón de Dragones de Granada, integradas en su totalidad por españoles, hasta quedar a poca distancia de estas. Fue en tales circunstancias cuando, sin esperar el choque, la III y la V dieron media vuelta y emprendieron la fuga del

campo de combate, y sobrevino la consecuente desbandada de toda la infantería, sin que pudiera ser contenida por los oficiales españoles. Mientras esto ocurría en la zona norte del campo, la resistencia sobre el puente duró hasta cuando 100 jinetes de la vanguardia patriota, a órdenes del capitán Durán, y guiados por prácticos de la región, descubrieron un vado al occidente, en el sitio del “bebedero”, y se ubicaron al sur de la vanguardia realista, con grave riesgo de envolverla. Observado el movimiento por el Cazadores, con el sargento Jiménez a la cabeza, este se lanzó sobre el puente, arrojó que le mereció el grado de capitán y propició la desbandada de la vanguardia realista.

El Libertador ordenó a las milicias de Tunja y del Socorro que entraran en acción y se extendiera el frente de batalla hasta copar totalmente al enemigo. Casi todos los cuerpos realistas se entregaron o quedaron prisioneros, con la mayor parte de sus jefes; entre ellos, el coronel Barreiro, quien fue capturado por los soldados Pedro Pascasio Martínez y *el negro* José. Con Barreiro fueron capturados su segundo, el coronel Francisco Jiménez, gran parte de los comandantes y los oficiales superiores y subalternos, junto con más de 1600 suboficiales y tropas, con todo su armamento, sus municiones, su artillería y su caballería. Las bajas realistas fueron de un centenar. Solo dos grupos de estos lograron huir a caballo: uno, integrado por un centenar y medio de jinetes, al mando de los coroneles Juan Loño y Sebastián Díaz, emprendió la fuga por el camino

La victoria patriota en la Batalla del Puente de Boyacá selló de manera gloriosa la Campaña Libertadora de la Nueva Granada, con consecuencias políticas, económicas y militares que trascienden al continente y a la Europa reaccionaria y monárquica.

de Samacá a Chiquinquirá; pero a la altura del pueblo de Susa, avisados de la presencia de la caballería patriota en Ubaté, se vieron obligados a tomar el escabroso y agreste camino de la montaña que conduce, por los pueblos de Coper, Muzo y Capparrapí, al río Magdalena; un terreno selvático, del todo despoblado e inexplorado. Otro grupo, compuesto por los coroneles Francisco González y Nicolás López y los capitanes Martínez de Aparicio, Juan Barreda y algunos pocos individuos de tropa, logró escapar por el camino real hacia Santa Fe; sin dar reposo a sus cabalgaduras, llegaron por la noche del 8 de agosto a dar la fatal noticia al virrey Sámano.

El ejército libertador apenas si tuvo en sus filas 13 muertos y 53 heridos; entre los primeros, la del capellán de vanguardia, fray Miguel Díaz. Es lo más probable, como lo previó Morillo, que los soldados de Venezuela, obligados al servicio en las filas realistas, hubieran facilitado su propia rendición, y con ella, la del resto del ejército. Por eso, varios cuerpos patriotas fueron organizados con ellos en el propio campo de batalla y con las milicias de Tunja y del Socorro, fuerzas que conformaron los batallones Tiradores, Vargas, Boyacá, y otros batallones que fueron a Venezuela o al Sur.

La división de vanguardia siguió con Bolívar y Santander al pueblo de Ventaquemada, donde tuvo lugar el ahorcamiento del traidor de Puerto Cabello, el capitán Francisco Fernández Vignoni. La división de retaguardia se quedó en el campo atendiendo labores administrativas.

Muy probablemente, si Sámano hubiera contado con el coraje de años anteriores habría defendido la capital, con los más de 1000 hombres



Foto: https://es.wikipedia.org/wiki/Sim%C3%B3n_Bol%C3%ADvar



Foto: <https://www.ancient-origins.es/historia-personajes-famosos/simon-bolivar-heroe-america-005062>

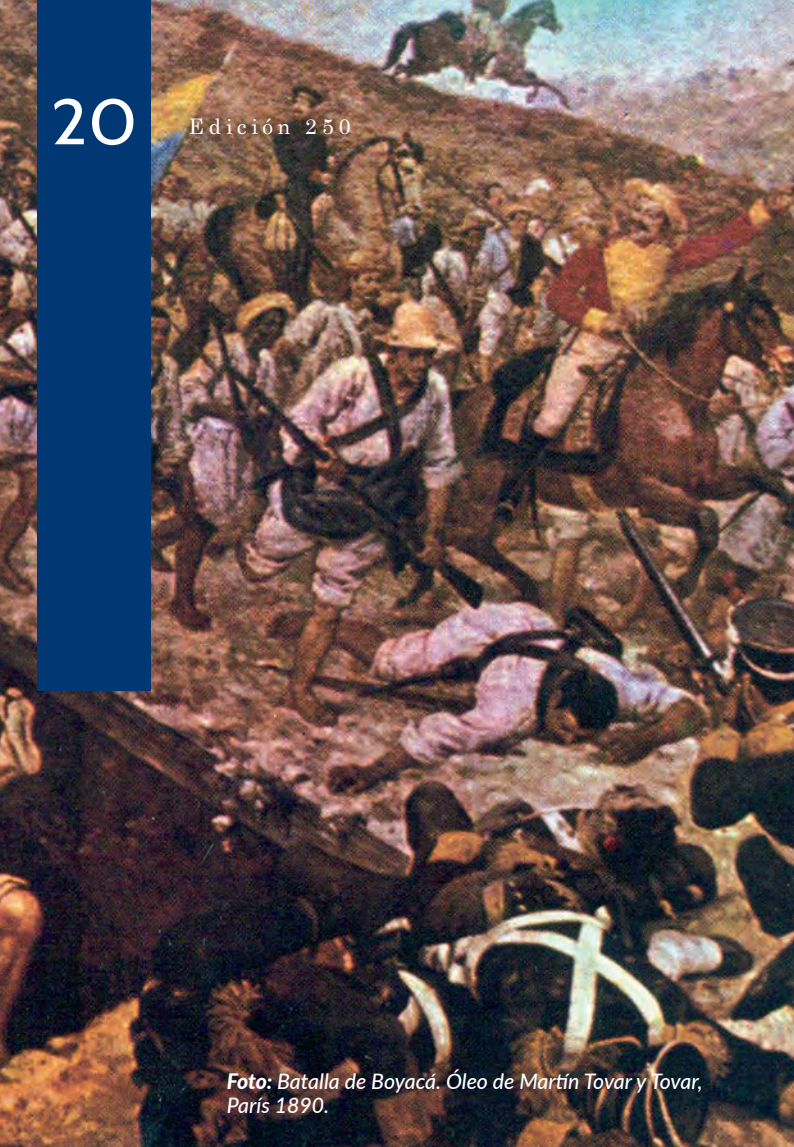


Foto: Batalla de Boyacá. Óleo de Martín Tovar y Tovar, París 1890.

La Batalla de Boyacá permitió a Bolívar alcanzar su objetivo político estratégico, y, con ello, demostrar las condiciones militares que ubican su gloria militar en el pedestal más alto.

de las tropas de Calzada y del Batallón Aragón, con los que contaba; pero, conturbado por la derrota, no pensó en otra cosa que en salvarse, y ordenó al coronel Calzada salir hacia Popayán, mientras él, disfrazado de paisano y acompañado de uno que otro español que alcanzó a enterarse de la derrota, salió de forma apresurada, el 9 de agosto, hacia Honda, con rumbo a Cartagena, y sin siquiera advertir al resto de sus compatriotas de la derrota.

El desgobierno de la capital solo ayudó a Bolívar a ocuparla la tarde del 10 de agosto, escoltado por la caballería del coronel Rondón, y en compañía de numerosos patriotas que salieron a recibirlo.

Consecuencias de la batalla

La victoria patriota en la Batalla del Puente de Boyacá selló de manera gloriosa la Campaña Libertadora de la Nueva Granada, con consecuencias políticas, económicas y militares que trascienden al continente y a la Europa reaccionaria y monárquica. Tal como lo afirmó el propio *Pacificador* Morillo, "Bolívar en un solo día acaba con el fruto de cinco años de campaña, y en una sola batalla reconquista lo que las tropas del rey ganaron en muchos combates".

De un análisis político militar sintético podemos afirmar, en primer lugar, que la batalla fue un combate de encuentro, sorpresivo para los españoles, y en el cual pesaron, fundamentalmente, las circunstancias que la antecedieron, como el triunfo de Bolívar en el Pantano de Vargas y la toma de Tunja por el ejército libertador. En la primera, el ejército español sufrió una carga anímica insuperable, al observar cómo un enemigo que parecía derrotado se sobreponía a tal situación, y, con una carga fulminante e incontenible de caballería, transformaba la derrota en triunfo. Y la toma de la ciudad de Tunja generó tantas ventajas logísticas al ejército libertador como desventajas al realista, hasta desequilibrar el balance psicológico de fuerzas.

Pero lo que más incrementó este desequilibrio fue el conocimiento previo a la batalla que tuvo Bolívar de las intenciones de Barreiro, y el consecuente reconocimiento de su marcha hacia el Puente de Boyacá, pues así concibió la batalla decisiva, que obligó a su adversario a combatir tomado por sorpresa en un terreno desfavorable, y sin que tuviera la menor posibilidad de rehusar la acción y, por si fuera poco, enfrentando la lucha con su propio dispositivo dislocado desde el comienzo. Razones de sobra para reafirmar que esta serie de acciones la ganó el Libertador antes de librar la batalla, y solo faltaba el choque con el enemigo para propiciar el desastre final de este.

Por las razones descritas y por el escaso número de bajas patriotas en la Batalla de Boyacá, otros dan mayor relieve militar a la acción en el Pantano de Vargas. Pero son los resultados políticos y estratégicos, y no el desarrollo ni las proporciones de la acción bélica, los que determinan su trascendencia. Y la Batalla de Boyacá permitió a Bolívar alcanzar su objetivo político estratégico, y, con ello, demostrar las condiciones militares que ubican su gloria militar en el pedestal más alto.

Hace más de 2000 años, Sun Tzu afirmó: “Combatir y vencer en todas las batallas no es la suprema excelencia; la suprema excelencia consiste en quebrar la resistencia enemiga sin combatir”; además, dijo: “el verdadero caudillo militar es aquel que es capaz de vencer a su enemigo sin necesidad de combatirlo”; es decir, el que de antemano lo pone en tal desventaja que lo obliga a rendirse para evitar su eliminación. Tal circunstancia da a esta batalla el carácter de victoria militar sin par en nuestra historia, al ser la menos cruenta de la guerra, pero la que trajo mayores réditos políticos, militares y económicos; máxime, cuando sus objetivos fueron la libertad de los pueblos, y no su conquista o su explotación.

En relación con las consecuencias de la batalla, la más inmediata es la militar. Expresada claramente en la destrucción de la III División realista, que defendía el Virreinato de la Nueva Granada, y cuyos efectivos, en gran parte, acabaron sirviendo al ejército patriota para acrecentar su fuerza y reducir las posibilidades españolas de mantener su autoridad en Hispanoamérica.

Otra consecuencia trascendental, fue la huida de Santa Fe del virrey Juan Sámano, porque con él desapareció el poder político de España en la Nueva Granada y empezó a imperar el gobierno republicano, independiente y democrático, para cuyo sostenimiento el Libertador encontró al hombre más apropiado: el general Francisco de Paula Santander, a quien designó como vicepresidente. Bajo la administración de *El Hombre de las Leyes*, tomaron cuerpo el Estado de derecho y la democracia en el país.

En el campo económico, las consecuencias de Boyacá fueron enormes. La Nueva Granada, bajo

la actividad administrativa del general Santander, se convirtió en gran fuente humana, material y moral para alimentar la guerra de independencia de todo el continente suramericano. De manera consecutiva, alcanzaron su independencia las restantes provincias de la Nueva Granada. El sur de Colombia demoró un tiempo más en obtener su libertad, dado el espíritu realista que animaba a sus moradores, lo que obligó a los ejércitos libertadores a realizar sobre su territorio sucesivas campañas. Pero al lograr con esta acción la dislocación geográfica y el desequilibrio militar de las colonias españolas, pudieron liberarse separadamente, con los triunfos de Carabobo, Bomboná, Pichincha, Junín y Ayacucho.

Y a la par con los clarines victoriosos de Carabobo, se formalizó la República de Colombia, con la unión de la Nueva Granada, Venezuela, Panamá y Ecuador, concretada en la Constitución de Cúcuta, de 1821, que, a su vez, se convirtió en fundamento de nuestra vida jurídica y republicana.

Pero el triunfo de Boyacá repercutió no solo en América, sino, directamente, en la propia España, en cuyo ejército ya se habían incubado las ideas liberales. Gracias a ello, cuando a finales de 1820 se supo en la metrópoli el triunfo de Boyacá, los coroneles Rafael del Riego y Antonio Quiroga, comandantes de un regimiento y de un batallón, respectivamente, que integraban el segundo ejército expedicionario, de 22.000 hombres, concentrado en Arcos de la Frontera y listo para embarcarse a América, se alzaron contra el absolutismo de Fernando VII y proclamaron la Constitución de Cádiz de 1812, Carta Magna que fue jurada por segunda vez por el monarca y dio lugar a un tratado de armisticio entre el ejército expedicionario y el patriota, y a otro, de regularización de la guerra, lo que puso fin al espíritu de “guerra a muerte”, necesario en su momento, pero que desangró terriblemente a Venezuela y a la Nueva Granada. Dichos tratados constituyen el origen del Derecho Internacional Humanitario (DIH) en América. 🇺🇸